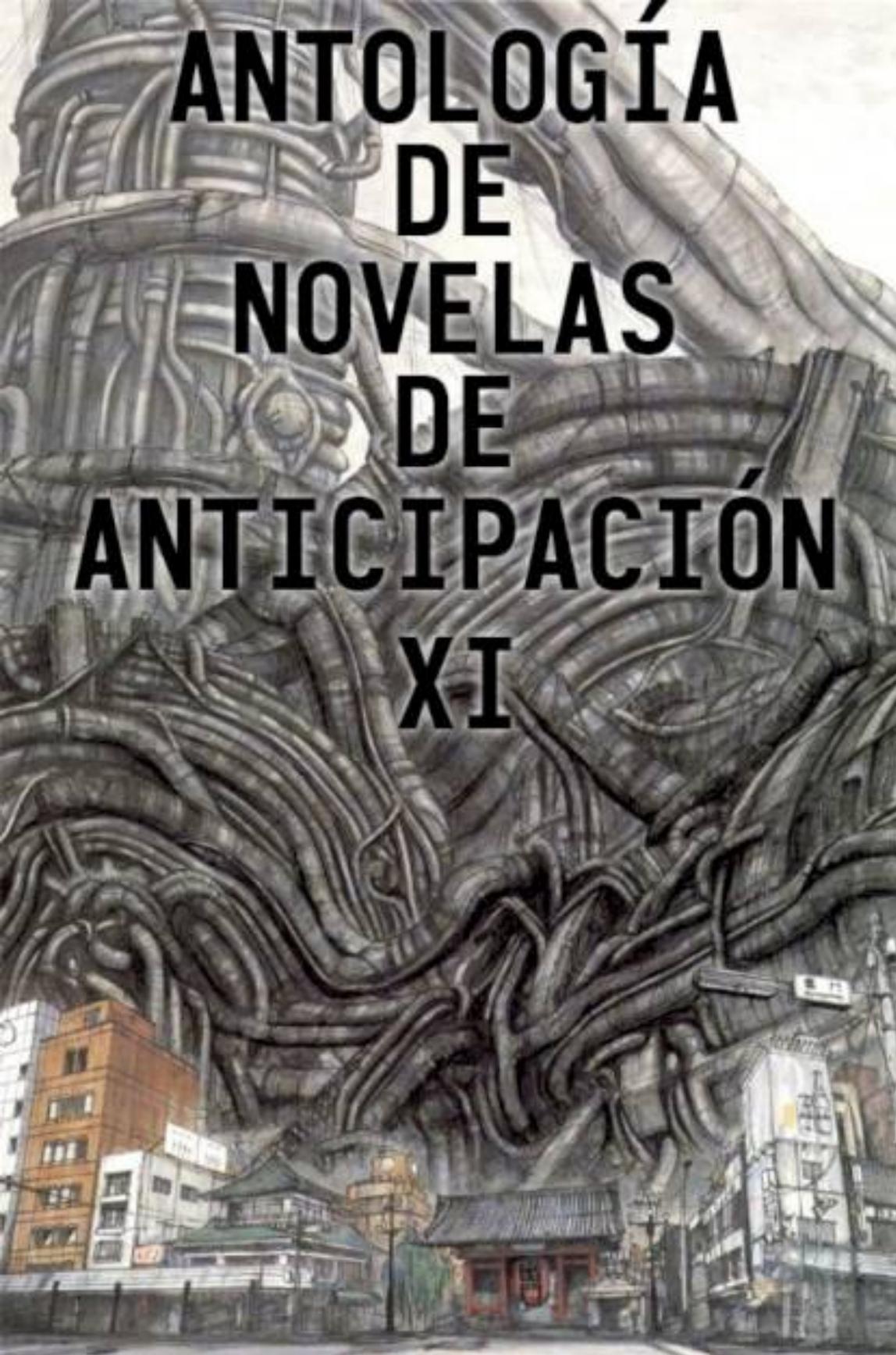


**ANTOLOGÍA
DE
NOVELAS
DE
ANTICIPACIÓN
XI**



Undécimo volumen de las antologías de anticipación Acervo. En este ejemplar: *Invisibilidad*, *Vidrios a la deriva*, *El tra-gaespadas*, *Coranda*, *El hombre que nunca existió*, *La bola de billar*, *Estación Hawksbill*, *El número que se ha alcanzado*, *El hombre que amó a la faiolí*, *La plaga*, *No tengo boca y debo gritar*, *Handicap*, *Plenisol*, *Es elegante tener unas señas inglesas*, *Embajador en Verdammt* y *Así burlamos a Carlomagno*.

Invisibilidad

Richard Wilson

Avery no se dio cuenta de que era invisible hasta unos minutos después de haber despertado por segunda vez. Se despertó la primera vez a la hora de costumbre, oyó que su esposa decía algo acerca de llevarse a los niños para que él pudiera dormir, y volvió a hundir la cabeza en la almohada. Era su primer día de vacaciones.

La segunda vez bostezó desmesuradamente, y se encontró despierto del todo. Permaneció unos instantes boca arriba, contemplando el techo. Notó que tenía un aspecto distinto. No, lo que era diferente no era el techo, sino su modo de verlo. Sin nada que le entorpeciera la visión. Entonces se dio cuenta de que lo que faltaba era la punta de nariz que siempre había estado allí, inmediatamente debajo de la línea de visión, y que sólo se convertía en un objeto definido cuando cerraba un ojo.

Avery cerró un ojo. No vio la nariz, desde luego. Es decir, podía palparla. Pero no podía ver los dedos ni la mano.

Se estremeció y permaneció inmóvil, observando con dudoso alivio la forma de su cuerpo bajo las mantas y el pequeño promontorio formado por sus pies. Alzó sus manos. No pudo verlas. Palmeó con ellas. Oyó el palmeo, pero lo único que vio fueron las dos mangas del pijama casi juntándose en un ángulo recto y deteniéndose luego a unas pulgadas una de otra.

Inclinó la manga hacia su rostro y su mano invisible tropezó con su barbilla. Se obligó a sí mismo a mirar la manga vacía. Aquello le produjo una extraña sensación, como si estuviera asomándose a un profundo pozo.

Avery apartó a un lado la ropa de la cama. Vio las arrugadas perneras de su pijama, pero al final de ellas... no había pies.

Era imposible, pensó Avery. Por lo tanto, tenía que estar soñando. Pero eso no podía ser, tampoco, porque cuando soñaba y se daba cuenta de que estaba soñando se despertaba. Por lo tanto, ya estaba despierto. Era imposible.

Deslizó sus piernas fuera de la cama y apoyó los pies en el suelo. Pudo ver claramente cómo quedaba aplastado el pelo de la alfombra debajo de ellos.

Ahora estaba delante del gran espejo redondo del tocador de su esposa. El ver un pijama que no contenía nada, sin cabeza, sin manos y sin pies, resultaba enervante. Se quitó el pijama y desapareció completamente.

El crujido de unos neumáticos sobre la grava le envió a la ventana. Era su automóvil. Liz había regresado.

Avery recogió el pijama, pero desistió de ponérselo y lo dejó en el armario. Liz no debía verle así... no debía *verle*... Lo que quería decir, se dijo a sí mismo, era que debía evitar a Liz hasta que reapareciera, si es que iba a reaparecer, o al menos hasta que supiera lo que le había sucedido. No quería darle a Liz un susto de muerte.

La puerta principal se abrió y se cerró y su esposa llamó:
—¿Ave? ¿Te has levantado ya?

Seguramente le había oído moverse por la habitación.

—Estoy aquí —gritó, dirigiéndose al cuarto de su hija—.
En el dormitorio.

Oyó que Liz dejaba unos paquetes sobre la mesa de la cocina y empezaba a subir por la escalera. Esperó a que hubiera entrado en el dormitorio para deslizarse a la planta baja.

—¿Dónde estás? —gritó su esposa desde arriba—.
¿Avery?

—Ejem... estoy en el sótano, Liz —dijo Avery bajando al sótano—. Voy a comprobar si queda petróleo en el tanque.

—¿Para qué? Estamos a mediados de verano.

—Sí, claro... —El suelo de hormigón estaba frío. Avery levantó un pie, luego el otro—. Pero cuando empiece el otoño las noches serán frescas...

Dio unos golpecitos al tanque con su mano invisible, sólo para hacer algo, y examinó el indicador de nivel. Quedaban al menos cien galones de petróleo.

Liz estaba bajando de nuevo la escalera. Avery contuvo el aliento, pero su esposa se detuvo en la planta baja y entró en la cocina.

—Casi es hora de almorzar —dijo—. ¿Has dormido bien?

—Desde luego.

Avery subió rápidamente la escalera hasta llegar al primer piso, entró en el cuarto de baño, cerró la puerta y se apoyó en ella, jadeando.

—... para almorzar? —estaba diciendo Liz.

—¿Qué?

—Te preguntaba qué quieres para almorzar. Creí que estabas en el sótano. Por favor, Ave...

Avery casi no la oía.

—Estoy en el cuarto de baño —aulló a través de la puerta—. Comeré cualquier cosa, gracias. Dentro de un rato.

Se sentó en el borde de la bañera, pero la porcelana estaba fría. Volvió a ponerse en pie.

Era una suerte que esto le hubiera ocurrido en casa, pensó. Una suerte relativa, claro. Podía haber sido mucho peor. Supongamos que se hubiera vuelto invisible en el tren. O en el banco. ¡Qué sensación hubiera causado en el departamento de crédito! Un traje serio sentado en el escritorio sin nada dentro...

¿Qué hubiera hecho?, se preguntó Avery. ¿Desvestirse y hacerse completamente invisible? ¿Qué oportunidad! Con los cientos de miles de dólares que corrían por allí... Aunque no se le hubiese ocurrido una cosa así, desde luego. Además, el dinero no estaba en su departamento.

Pero no estaba en la oficina. Afortunadamente, no tenía que volver a ella hasta dentro de dos semanas, de modo que no necesitaban enterarse de esto. Suponiendo que el asunto se arreglara en menos de dos semanas, claro. ¿Qué le sucedía, a fin de cuentas? ¿Y cómo iba a decírselo a Liz? No podía pasarse todo el día en el cuarto de baño.

Dio un respingo al oír una llamada en la puerta. No había oído subir a Liz.

—¿Estás todavía ahí? —inquirió su esposa.

—En seguida salgo —dijo Avery.

¿Sospechaba algo Liz? Pero, no, se dirigía de nuevo a la planta baja.

Avery abrió el grifo de la bañera. Debía tener un pretexto para monopolizar el lugar durante tanto tiempo. Y así podría pensar.

Avery se metió en la bañera. El agua ejerció sobre su cuerpo el mismo efecto sedante de siempre. Pero cuando miró hacia abajo vio el lugar vacío donde su cuerpo desplazaba el agua. Y sin la longitud de su cuerpo para proporcionarle una perspectiva, le pareció que había un largo trecho desde sus ojos hasta la superficie y experimentó una sensación de vértigo.

A continuación volvió su mirada hacia las cosas normales: las toallas en sus colgaderos, el empapelado de la pared, «a prueba de humedad», que empezaba a desteñirse por los bordes inferiores, el tubo de pasta dentífrica, la pera de la ducha que goteaba sobre la espalda del que se bañaba a poco que se descuidara...

Liz estaba de nuevo detrás de la puerta del cuarto de baño.

—En serio, Ave... —empezó.

—No-puedes-entrar-me-estoy-bañando —dijo Avery rápidamente.

¡Vaya con Liz! ¿No podía dejarle en paz hasta que hubiera encontrado alguna solución?

—¡Oh! —exclamó Liz—. ¿Desde cuándo eres tan pudibundo? Abre la puerta.

—No llego.

—Tonterías. Claro que llegas. Vamos, abre.

—Bueno... espera un momento.

Avery corrió la cortinilla de la ducha alrededor de la bañera, alargó un brazo a través de la abertura y abrió la puerta. Luego ocultó el brazo y cerró la abertura de la cortinilla.

Oyó que Liz entraba.

—Sólo quería cambiar las toallas —dijo Liz.

—Hum —dijo Avery, esperando que su esposa se marchara.

Hubo un silencio a ambos lados de la cortinilla.

—¿Avery? —dijo Liz al cabo de unos instantes.

—¿Mmm?

¿Por qué no se marchaba de una vez?

—No te estás duchando...

—No.

—¿No te estabas duchando? No, desde luego que no. La cortinilla no está mojada.

—Señora Sherlock Holmes, voy a tomar una ducha. ¿Te parece mal?

—Pero he oído que has llenado la bañera...

—Da la casualidad de que quiero tomar un baño y una ducha.

—Hoy estás muy raro. ¿Qué te pasa?

—Nada.

¿Acaso pensaba quedarse allí todo el día?

—Avery, ¿estás enfermo?

—No, no estoy enfermo.

—Entonces, me ocultas algo. ¿Qué es lo que me estás ocultando?

—¡Nada! —gritó Avery—. ¿Es que un hombre no puede estar solo de cuando en cuando? ¿En su propia casa? Se pasa cincuenta semanas al año trabajando, y cuando tiene dos semanas libres ni siquiera puede tomar un baño.

—Ahora sé que me ocultas algo. —La voz de Liz era tranquila, como siempre que quería mostrarse persuasiva—. ¿Avery?

—¿Qué? —dijo Avery, en tono huraño. Notaba que las yemas de sus dedos empezaban a arrugarse a causa del persistente contacto con el agua.

—¿Avery? —La voz de Liz era ahora suave y... bueno, sexy—. ¿Querido?

—¿Qué? ¿Qué?

¿Por qué diablos no se marchaba?

—Querido... Creo que me gustaría tomar una ducha.

—¿Qué? ¿Ahora, quieres decir? ¿Conmigo?

—¿Por qué no? Hace mucho tiempo que no nos duchamos juntos, Avery. ¿Te acuerdas? Y los niños estarán fuera toda la tarde.

—¡No! —estalló Avery—. ¡No puede ser! ¡No, Elizabeth!

—¡Está bien! —Avery pudo oír cómo su esposa resoplaba, indignada—. ¡Cualquiera que te oyere creería que acabo de hacerte una proposición deshonesta!

Avery se arrepintió inmediatamente de haberse mostrado tan brusco con ella.

—Lo siento, Liz —se disculpó—. Lo que pasa...

—¿Qué es lo que pasa?

—No... no puedo decírtelo.

—Desde luego que puedes. Siempre me lo has contado todo... ¿No puedes?

—Normalmente, sí —dijo Avery—. Pero esto es distinto.

—¿Distinto? Quieres decir... Avery, ¿estás seguro de que no estás enfermo?

—No, no lo estoy. En ningún sentido. Y no te he sido infiel y he pillado una enfermedad vergonzosa, si te refieres a eso.

—Siempre es un alivio oírte lo decir. Entonces, ¿qué es lo que te pasa? ¿Acaso te has tatuado algo que yo no puedo ver?

Avery se echó a reír. La buena de Liz, con su delicioso sentido del humor... Ahora sabía que podía decírselo.

—No —dijo—, no se trata de un tatuaje. Liz, ¿te sientes con fuerzas para soportar una impresión? Siéntate.

—¿Qué clase de impresión? Supongo que puedo soportarla, mientras no se trate de... ya sabes... Mientras no estés enfermo.

—No, nada de eso. Liz, primero te lo diré y luego, cuando te hayas acostumbrado a la idea, abriré la cortinilla.

—De acuerdo —dijo Liz—. Has conseguido asustarme, ¿sabes? No me importa decírtelo. Y... creo que voy a sentarme.

—Bien. ¿Estás preparada?

—Supongo que sí. Adelante, Avery.

—Bueno, cuando me he despertado esta mañana, la primera vez, todo iba bien, ya lo has visto. Pero al despertar por segunda vez, me he dado cuenta de que era... —hizo una pausa y miró al lugar donde hubiesen estado las arrugadas yemas de sus dedos, si hubiera podido verlas... invisible.

—¿Invisible? —Se produjo un breve silencio, y luego Liz repitió la palabra como si la primera vez no la hubiese comprendido—. ¿Invisible? No puede ser...

Pero dejó aquella afirmación colgada en el aire, casi como una pregunta.

—Esto creía también yo. Pero me ha ocurrido a mí. No sé cómo, ni por qué, pero así es.

—No lo creo —dijo Liz—. Abre la cortinilla y deja que te vea.

Avery se echó a reír sin alegría.

—Ojalá pudiera —dijo—. Pero abriré la cortinilla, si estás preparada.

—Estoy tan preparada como lo he estado siempre. Adelante. —También ella trató de reír—. Descorre el velo.

Avery descorrió la cortina.

Liz gritó. Pegó un salto y retrocedió hasta que su espalda chocó con la pared.

Su grito y su actitud asustaron a Avery, también. Pero intentó disimular para animarla.

—Lo siento, Liz —dijo—. No pensé que la impresión sería tan fuerte.

—¡No eres invisible! —dijo Liz—. ¡Estás muerto! ¡Eres un fantasma!

—¡Tonterías! —dijo Avery secamente.

—¡Compruébalo tú mismo! ¡Mírate al espejo!

Avery se inclinó a través de la bañera para mirar. Se vio a sí mismo en un vago contorno. También vio a través de sí mismo la ventana con visillos, más allá de su reflejo.

—Es vapor de agua, simplemente —dijo.

Cogió una toalla del colgadero y empezó a secarse. A medida que se frotaba y el vapor quedaba absorbido por la toalla, empezó a desaparecer completamente.

A Liz se le escapó una risita medio histérica.

—Lo siento —dijo—. Pero tenías un aspecto tan... horrible... No estaba preparada para eso.

Avery terminó de secarse.

—Soy yo —dijo—. El mismo de siempre, sólo que no puedes verme. Creo que será mejor que me mantenga apartado de ti, hasta que te hayas acostumbrado.

Liz estaba mirando hacia él, pero sus ojos enfocaban un punto situado a más de un pie de distancia de su cara. Para Avery, aquello resultaba desconcertante. Pero imaginó que era al menos diez veces más desconcertante para ella.

—¿Seguro que no es un truco? —dijo Liz—. ¿No me estás gastando una broma?

—Ojalá. No, no es ningún truco. He desaparecido, esto es todo. No puedo explicarlo.

—Desde luego, no podremos explicárselo a los Wormser —dijo Liz.

—¿A los Wormser? ¿Qué tienen que ver con esto?

—Teníamos que cenar con ellos esta noche. ¿No te acuerdas? Pero, desde luego, no podemos ir a casa de los Wormser estando tú así.

Avery se alegró de que Liz diera muestras de su acostumbrado sentido práctico. En vez de dejarse ganar por el pánico, estaba considerando la situación desde el punto de vista de su vida social, como si el problema de su marido consistiera simplemente en tener un ojo amoratado o en haber perdido un diente delantero.

Avery dobló la toalla y la colgó, y vio que Liz seguía sus movimientos, fascinada. Dijo:

—Ahora, el problema inmediato es: ¿debo ponerme algo de ropa? ¿Qué te parece?

—Lo de la ropa es lo de menos. Creo que lo que tendríamos que hacer es llamar al doctor Mike.

—¿Mike Custer? ¿Para qué? No estoy enfermo.

—Eso dices tú. Pero deberíamos consultar a un experto. Métete en la cama y yo le llamaré.

—¿En la cama? ¿Por qué he de acostarme?

—Porque así simplificaremos las cosas para él —dijo Liz lógicamente—. Para el doctor será todo más fácil si sabe exactamente dónde estás, sin tener que tratar de localizarte por toda la habitación. ¿Dónde estás ahora?

—Delante de ti. De acuerdo, llama a Mike. Aunque no creo que sirva para nada.

—No, no ha tenido fiebre —estaba diciendo Liz a través del receptor—. ¿Escalofríos? ¿Has tenido algún escalofrío, Ave?

—Ahora estoy entrando en calor —dijo Avery desde la cama—. Dile que venga, simplemente. No puedes contár-

selo por teléfono.

—... Llegará dentro de unos instantes —dijo Liz, colgando el receptor. Contempló la depresión en la almohada, en el lugar que debía ocupar una cabeza—. Felicítame. Ahora puedo mirarte sin que me entre el wim-wam.

—Estupendo. Pero... ¿dónde dijiste que estaban los niños? No podemos ocultárselo eternamente. ¿Cómo van a tomárselo?

—No lo sé. Margie está en la clase de arte dramático, y Bobby en casa de Corky. Bobby llegará primero.

—No creo que se impresione demasiado. A los cuatro años, un niño se adapta a todo. Si es capaz de creerse todo lo que ve en la televisión, no le extrañará que su padre sea invisible.

—Tal vez. Pero Margie ya es harina de otro costal. Ya ha cumplido diez años...

—Podríamos enviarlos una temporada a casa de tu madre.

—Necesitaríamos un pretexto muy convincente —dijo Liz—. Ya conoces a mamá. Y ahora le ha salido un pretendiente y no le gusta que le recuerden que es abuela. Pero no crucemos ese puente hasta que no nos quede otro recurso. Tal vez el doctor Mike pueda curarte. Incluso es posible que se trate de algo que haya estudiado en esas revistas que siempre lee.

—Me sorprendería mucho que tuviera en su maletín algo que pueda ayudarme.

Un automóvil se paró delante de la casa.

—Ahí está —dijo Liz—. ¿Quieres que le ponga en antecedentes?

—No. Deja que se gane el importe de la consulta. Quiero ver cómo reacciona. ¿Debo sollozar? ¿O ponerme bajo la ducha y hacer el fantasma?

—No te muevas de la cama. A veces creo que no simpatizas con el doctor Mike.

—Siempre he opinado que los médicos no curan a nadie. Se limitan a llenarle a uno de algún antibiótico producido por nuestra gran industria local, los Laboratorios Lindhof, mientras la naturaleza le sana a su debido tiempo. Los cirujanos son una excepción, desde luego.

—No empecemos otra vez con eso —dijo Liz.

Avery oyó la alegre voz de Mike Custer:

—¿Dónde está el enfermo? ¿Se ha puesto muy pesado, Mrs. Train? No tiene fiebre, ¿eh? Hace un día estupendo para quedarse en cama y no ir a trabajar.

—Avery está de vacaciones —dijo Liz fríamente—, de modo que no se ha quedado en cama por su gusto. Probablemente tiene una enfermedad poco corriente.

—Cuanto menos corriente, mejor, últimamente no ha salido ningún caso interesante... ¿Está aquí?

—Allí —dijo Liz—. En la cama.

—¿Qué está haciendo debajo de las mantas? No estará asustado de mi, ¿verdad? —Gritó—: ¡Ánimo, muchacho! ¡Ha llegado el doctor Mike!

—Procure no asustarse usted —dijo el paciente—. Tal como le ha dicho Liz, tengo una enfermedad poco corriente.

—¿Qué es eso, ventriloquia? —preguntó el doctor—. Vamos, vamos, Avery, asome la cabeza, al menos. Sus hijos son unos pacientes mucho más valientes.

—Aquí estoy —dijo Avery—. Acérquese, Mike. ¿Funciona bien su corazón?

—Como un reloj —Mike se golpeó el pecho con la palma de la mano—. Estoy hecho un Tarzán.

—Bien. Ponga la mano sobre la almohada.

—¿Para qué? ¿Sudores fríos? ¿Por eso se ha enterrado debajo de las mantas en un día de verano?

—Toque la almohada.

Mike se encogió de hombros y alargó la mano, hasta que tropezó con la cara invisible de Avery. El doctor apartó rápidamente la mano y se echó hacia atrás, resoplando.

—¡Ave! —dijo Liz—. No le habrás mordido, ¿verdad?

—Desde luego que no le he mordido. Sólo le he asustado un poco.

El doctor Mike se sentó en el taburete del tocador de Liz.

—Caramba —dijo, mirando alternativamente su mano y la almohada—. Caramba.

—Soy invisible —dijo Avery—. Ha sido una mala jugada, pero se la merecía usted. ¿Dónde aprendió a atender a los pacientes? ¿En el Ejército?

—Estuve en el Ejército —replicó Mike, enojado—. ¿Invisible?

—Sí —dijo Avery—. Yo también estuve en el Ejército, Mike. Me obligaron a hacer guardia con cuarenta de fiebre, y a una temperatura de diez grados bajo cero, porque no creían que tenía pulmonía. Y la tenía, desde luego.

—¿Dónde?

—En el Campamento Crowder, en Missouri.

—Entonces, no pude haber sido yo quien se negó a evacuarlo al hospital.

—No dije que hubiera sido usted. Me limité a preguntarle dónde había aprendido a atender a los pacientes... Bueno, ahora no tengo pulmonía; tengo invisibilidad. ¿Puede curarme?

El doctor miró a Liz.

—¿Habla en serio? ¿No es una broma?

—Habla en serio y la cosa es seria. ¿Puede hacer algo por él?

—No lo sé. Nunca me he encontrado ante un caso así.

—Bueno, ¿no va usted a reconocerle?

—Sí, supongo que tendré que hacerlo... ¿Avery?

—Estoy aquí —dijo Avery—. En el mismo sitio.

—Voy a reconocerle.

—Adelante. No le morderé.

—Será mejor que se desnude.

—Estoy completamente desnudo. Mire.

La ropa de la cama pareció desplazarse por su propio impulso. Lo único que pudo verse de Avery fue una larga depresión en el colchón y un hueco circular en la almohada.

Mike Custer, sin perder la cama de vista, se inclinó y abrió su maletín.

—Vamos a ver qué sacamos en limpio. ¿Está usted tendido de espaldas?

—Sí, pero empiezo a cansar de esta postura.

—Querido —dijo Liz—, ¿serviría de algo si te empolváramos?

—¿Si qué?

—Si te echáramos polvos de talco por todo el cuerpo. Así, el doctor podría guiarse por el talco.

—Nada de eso —dijo Custer—. No compliquemos las cosas. Por el tono de su voz, yo diría que su marido está tan sano como yo, Mrs. Train. Pero, de todos modos, le daré un breve repaso antes de tomar unas muestras.

—¡Muestras! —exclamó Avery—. Si cree que voy a dejar que me corte un trozo de carne para enseñársela a sus compinches...

—No diga tonterías, Ave. Ya sabe a qué me refiero. Orina, sangre...

—¡Oh! Era eso...

Custer suspiró.

—Empezaremos por el pecho. Será mejor que guíe usted mi mano.

Otro automóvil se acercaba a la casa. Liz se asomó a la ventana.

—Es Joan, que viene a traer a Bobby. Habrá visto el auto del doctor Mike. ¿Qué le digo que tienes?

—Cualquier cosa. ¿Qué te parece la enfermedad de Custer? Probablemente la bautizarán así en honor del doctor Mike.

—Ya pensaré algo —dijo Liz, saliendo del dormitorio.

Avery tendió el oído, mientras Mike plegaba su estetoscopio. El doctor parecía haberse repuesto de lo que había